

—conviene repetirlo— ofrece en la primera parte de este libro una breve panorámica histórica del estado, diferente, con criterio moderno y enfoques novedosos que será de valiosísima ayuda para quien escriba al respecto de ahora en adelante.

José Ma. MURÍA
Centro Regional de Occidente
INAH

José María KOBAYASHI: *La educación como conquista — Empresa franciscana en México*, México, El Colegio de México, 1974, x + 426 pp. [Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 19].

A pesar del evidente optimismo con que José María Kobayashi enjuicia la labor educativa de los franciscanos en México durante el siglo xvi, la lectura de su libro —como la del de Ricard, su gran antecesor— suscita un sentimiento de perplejidad y tristeza. Sentimiento que no se disipa por más que el autor nos asegure que, gracias a estos miembros de la orden de San Francisco, México “es una nación católica con mayor proporción del elemento indígena incorporado a la vida nacional que... otras naciones con condiciones étnicas análogas” y que, en general, pueda considerarse que tuvieron éxito.

En realidad, basta tener en mente los propósitos de los primeros misioneros —que, como dice Kobayashi, resultan un caso excepcional en la historia, ya que fueron ellos, parte integrante del pueblo conquistador, los que “a fuerza de humildad y caridad humanas” quisieron tender un puente hacia los conquistados y edificar con ellos “una nueva cristiandad”— y confrontar tales propósitos con lo logrado hacia fines del siglo xvi, para que el pesimismo y la duda se apoderen de nosotros. Pesimismo muy viejo, por lo demás, pues ya permea las obras de Sahagún, Mendieta y Torquemada, a quienes tocó en suerte ver reducidas a su mínima expresión las empresas más ambiciosas de sus hermanos de hábito: los varios monasterios-escuela y, sobre todo, lo que debió ser la culminación de la tarea educativa: el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Ante los menguados frutos de la obra franciscana, cabe preguntarse si la maldición que el poeta austriaco Grillparzer atri-

buye a la Casa de Austria no será en realidad patrimonio de toda la humanidad. Aspirar siempre a los más altos ideales "con pobres medios, a medio camino y a media acción". O, quizá, como reconoce el propio Kobayashi, lo que ocurrió es que fue "una empresa tan noble y ambiciosa que la realidad no la toleró".

Pero vayamos por partes. A fin de exponer en toda su complejidad la obra de los franciscanos, Kobayashi ha dividido su trabajo en cuatro grandes secciones. De ellas, dedica las tres primeras a plantear los antecedentes culturales de los protagonistas de la empresa: indígenas y españoles, y analiza ambos mundos, ofreciéndonos así no sólo un cuadro de discrepancias y concordancias, sino también algunas observaciones muy agudas sobre ciertas actitudes. Por ejemplo, la ambivalencia de los religiosos frente al indio, pues sólo quien en alguna forma lo siente distinto puede asombrarse tanto y elogiar tanto lo que no es sino una característica humana común.

La cuarta y última parte, subdividida a su vez en dos períodos (de la llegada de fray Pedro de Gante y sus compañeros, en 1523, a 1536; y de la fundación del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en ese año a su decadencia para fines del siglo XVI), estudia la obra educativa franciscana propiamente dicha.

Esta división permite que el texto avance de manera clara y consecuente. Y así, una vez que las dos primeras secciones nos han puesto en contacto con el mundo mesoamericano, nos resulta evidente que los primeros evangelizadores tuvieron la suerte de encontrar en sus educandos indígenas una tradición cultural que los ponía en posibilidad de asimilar la cultura occidental. El estado mexicano tenía, en vísperas de la conquista, un instrumento perfectamente adecuado a sus fines en el sistema educativo. Ya que si en él existía una firme distinción entre "el adiestramiento multilateral para la minoría gobernante y el predominantemente militar para el elemento popular", era porque así convenía a los fines del estado, preocupado por mantener la jerarquía establecida. Por otra parte, y quizá fue éste uno de los factores que habían de inducir a los franciscanos a error, ambos tipos de educación se realizaban bajo el ascetismo y la disciplina más rigurosos. Ahora bien, dado que el pueblo mexicano pensaba ser el "pueblo del sol" y su religiosidad lo hacía sentirse llamado a mantener el orden cósmico del universo, su ascetismo tenía raíces distintas a las del ascetismo cristiano y en un momento dado tendrían que chocar.

Pero si a primera vista, y sobre todo después de la experiencia antillana, los mexicas parecían estar excepcionalmente dotados para la recepción de otra tradición cultural, debe tenerse en cuenta que los primeros misioneros fueron también seres excepcionales. Aun cuando Kobayashi no entre en mayores detalles al respecto —sólo hay ligeras referencias a lo largo del libro—, en estos hombres floreció, quizá por última vez, un peculiar cristianismo, de corte místico y milenarista, que al unirse al pensamiento utópico renacentista habría de dar una visión espléndida del hombre y de su destino en la tierra. Con estos neófitos —“de tenacísima memoria, dóciles y claros”— creyeron los frailes menores que sería posible restaurar la iglesia primitiva, con lo que no sólo se restablecería el balance que Lutero había puesto en peligro, sino que se daría el último paso hacia la predicación total del evangelio que antecederá a la segunda venida de Cristo.

De allí el fervor con el que emprendieron su misión cristianizadora y educativa. Sin entrar en el discutible terreno de los logros religiosos, Kobayashi nos hace ver la casi increíble labor desarrrollada por los misioneros durante los trece años del primer período. No sólo aprendieron los idiomas indígenas y los transcribieron al alfabeto latino, redactaron doctrinas y vocabularios, enseñaron a leer y a escribir a los niños a ellos encomendados, les dieron rudimentos de música y un oficio con qué ganarse la vida, y enviaron a los más capaces a adoctrinar a los mayores, sino que escribieron obras de teatro, fundaron monasterios-escuela, utilizaron con gran penetración psicológica todos los elementos no contaminados de paganismo que pudieran servir a su labor, y no contentos con todo esto se entregaron a recoger las “antiguallas” de los indios, considerando que así como el médico no puede curar sin conocer bien todos los síntomas de la enfermedad, así ellos, médicos de almas, no podrían extirpar la idolatría sin conocer todas sus manifestaciones.

Y los frutos de esta labor fueron tan copiosos —piénsese tan sólo en la generación de escritores indios que surgió por entonces— que, paradójicamente, resultaron uno de los elementos que habían de conducir al fracaso. Engolosinados con el buen éxito obtenido en la enseñanza del latín, quisieron los franciscanos dar el último paso... que habría de resultar muy prematuro. En una palabra, quisieron llevar a sus educandos hasta el sacerdocio y fundaron para ello el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Que, en oposición a

los dominicos, ésta haya sido ya una de las miras iniciales de los franciscanos parece desprenderse del hincapié hecho desde un principio en que la vida de las escuelas estuviese sometida a las mismas reglas que la vida de los propios religiosos. Ahora bien, por austera que esta vida nos parezca a nosotros, es evidente que resultó blanda para quienes estaban acostumbrados al rigor implacable del calmécac. Y esta blandura hizo que muy pronto los alumnos fueran difíciles de controlar. Sin embargo, a pesar de la oposición externa e interna y de las claras señales de peligro, Zumárraga y Antonio de Mendoza, entusiastamente secundados por los franciscanos, inauguraron el 6 de enero de 1536 el colegio destinado a la formación de un sacerdocio indígena. Todos conocemos las grandes esperanzas que el Colegio hizo concebir en sus primeros años y la crisis por la que pasó apenas cuatro años después de fundado.

Kobayashi señala con toda claridad las causas que provocaron esta crisis. Por un lado, los "bríos sensuales" de los muchachos, que ya empezaban a entender "en cosas de lascivia" y que hacía de todo punto imposible la ordenación sacerdotal. Recordemos tan sólo que Ricard, al hablar de este mismo problema, dice lapidariamente que la castidad era incomprensible para el indio. El ascetismo indígena iba aquí por caminos más cercanos al estoicismo que a la vida cristiana. Por el otro lado, los cursos de filosofía y teología resultaron una barrera infranqueable para los indígenas. Para comprender estas disciplinas —"meollo y síntesis consumada de toda una tradición intelectual milenaria"— se necesitaba algo más que el manejo del latín, y a estas primeras generaciones de indios aculturados les faltaba precisamente esa tradición. A todo ello debe añadirse la tenaz oposición general a un clero indígena, las dificultades económicas y la mortandad causada por la peste. Se desistió, pues, del propósito básico del Colegio y, por ello, a partir de ese momento se inició la decadencia. Por otra parte, tampoco pudo mantenerse la intención secundaria o sea la preparación de intérpretes y funcionarios. Para fines del siglo xvi se había perdido ya la idea inicial de conservación de la organización política y social de los vencidos (en tanto no chocara con el orden cristiano-europeo). Y muerta la idea del Imperio, quedaron sin campo de aplicación los conocimientos adquiridos por los alumnos del Colegio y el desánimo hizo presa de ellos. ¿Para qué esforzarse si después no serviría de nada?

Hasta aquí, el texto de Kobayashi se ha distinguido por la for-

ma clara y lúcida en que presenta todos los problemas que la labor educativa planteó a los franciscanos y la forma en que trataron de solucionarlos. Pero al llegar a las últimas páginas, Kobayashi se niega a admitir la conclusión obvia: el fracaso —que fue total, ya que la educación de las niñas, base de futuros hogares cristianos, también falló en sus propósitos, al negarse los jóvenes a contraer matrimonio con estas primeras mujeres “liberadas”—; y a pesar de haber rastreado todas las causas que llevaron a él, se refugia en ese optimismo del que ya hice mención. Así, encuentra una justificación para el cierre del Colegio en “el impacto que causó... la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México”. Pero ¿fue en realidad así? En primer lugar, la cédula de fundación, si bien antecede a la clausura misma, es muy posterior a la crisis del Colegio. En segundo término, aun cuando en teoría la Universidad “acogía benévola y generosamente en sus aulas a jóvenes de ambas razas indistintamente”, todos sabemos lo que esto significó en realidad, como lo demuestra, entre otras cosas, el que los jesuitas fundaran un colegio, el de San Gregorio, que seguía los lineamientos del de Tlatelolco. Es muy comprensible, desde luego, la renuencia de Kobayashi a admitir el fracaso, ya que a lo largo del libro va haciéndose evidente su compenetración con la empresa franciscana. Casi podría decirse que le duele en carne propia. Pero por doloroso que sea, es necesario admitir que fue otro sueño malogrado y que, como ya lo vieron los propios franciscanos, “esto se ha de perder todo”.

Por este somero examen, resulta evidente que es un libro que hay que leer, se esté o no de acuerdo con su abrupta conclusión, ya que, dentro de los límites que él mismo se impuso, el autor ha realizado el análisis más exhaustivo del tema que tengamos hasta ahora. No sólo consultó la gran mayoría de los documentos importantes del siglo xvi, sino también casi todos los estudios actuales, de lo que dan fe las abundantes notas a pie de página y la extensa bibliografía final. Y si bien creo haber señalado algunos de sus altibajos, es un libro generoso y bien fundado, escrito con amor y dedicación, como debieran escribirse todos.

Para finalizar, y casi a guisa de nota, me siento obligada a señalar algunas fallas de redacción que bien podrían haberse evitado. Pase que los adjetivos usados por el autor resulten a veces desconcertantes (aún me pregunto qué quiso decir al hablar de “tiempos gentílicos” de los mexicas, ya que parece contraponerlos

al período histórico, o qué significa ser un "confinado" de Zumárraga), pero no que el aparato crítico, tan importante en obras de este tipo, tenga fallas. La numeración de las notas va un número adelante del de la llamada correspondiente a partir de la 529, error que se sigue hasta la 761, de tal modo que el texto y la nota no se completan. Y por si esto fuera poco, muchos de los libros citados en las notas —el de Steck, por ejemplo, entre otros— no aparecen en la bibliografía final, de modo que el lector se queda sin poder no ya confrontar la cita, sino aun sin saber el título del libro.

Elsa Cecilia FROST
El Colegio de México

Prodyot C. MUKHERJEE, ed.: *Movimientos agrarios y cambio social en Asia y Africa*, México, El Colegio de México, 1974. 272 pp.

Prodyot Mukherjee abandonó su cátedra en la apacible Universidad de Adelaide, Australia, para enseñar en el Centro de Estudios Orientales de El Colegio de México y para continuar su estudio de la revolución mexicana y los movimientos agrarios latinoamericanos. Su propósito era integrar algún día una obra comparativa de las revoluciones agrarias en el mundo. Para ello estaba bien preparado por sus anteriores estudios de las revoluciones en los países eslavos. De este magno proyecto logró terminar sólo la obra objeto de la presente reseña. Había sufrido dos infartos ya antes de llegar a México. El tercero fue fatal: murió en el aeropuerto de Amsterdam a mediados de 1973, poco tiempo después de entregar el manuscrito del libro al Departamento de Publicaciones de El Colegio. Lo recuerdo tenso y fatigado en los últimos meses de su vida; probablemente presentía su fin. Que estas líneas sirvan de homenaje a mi amigo Prodyot.

La obra comprende una introducción escrita por Mukherjee y cuatro ensayos afroasiáticos. El primero, "Un movimiento mahdista — Impacto del Islam en el proceso de cambio social en África occidental", de Celma Agüero, acompañado de tres mapas muy buenos, describe los intentos de reconstruir el califato en el siglo XIX con apoyo campesino, en la parte del África que se extiende desde Timbuktú hasta más allá del lago Chad. El segundo